

A woman with short dark hair, wearing a black dress and long black gloves, stands in front of a tree with bare branches. She is holding a bouquet of flowers. The image has a dark, moody atmosphere with a blue tint.

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

*Jardín
de
luna*

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Jardín de luna

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 12



Diván

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2002.

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2019.

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Modelo: Marissa Chávez

Fotografía: Engelberth Grijalva.

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

Jardín de luna

I. REMEMBRANZAS: LA FLORESTA Y LA LLANURA

Motas de polvo

suspendidas en el aire
que rabiosas de luz como tus ojos,
vienen a adueñarse de lo oscuro.

Universos efímeros y fantásticos:
antes del primer salmo de la creación
estaban sometidos al capricho...

Motas de polvo mientras dormías
—un silencio de rumores por la tarde—
sumergida entre figuras
y matices de lagos-chocolate.

Eras como de adobe,
cantando tu belleza los intrusos rayos
deslizaban el tacto
por esas formas tan bien trazadas...

...y por el ébano que en finas hebras
chorreaba de tu almohada,
y por los vagos sueños
que poblaron con fantasmas
tu dormir de almendra caída,
tu dulce abandono de sílfide.

Vestida de ensueño,

perfume de abril,
suave pendiente de voces
que asesina los silencios
como un veneno dulce.

Rocío, agua lustral,
lluvia que se estrella
en los cristales
y en los techos de lámina
—eternidad—
las montañas
como imágenes borrosas
de un impresionista.

Los sentidos columpiándose
junto al abismo, coludidos.

Un sorbo de vino turbio,
volutas de humo azul
que escapan por los hoyuelos del granero
y el paisaje que habla de recuerdos,
de luchas y conquistas, de viajes por el mar.

La lluvia como púas de hielo,
tu mirada que se pierde en un rincón.
Es a mí, no soy yo, es otro,
algún objeto que tocaste con las manos.

Aire helado que desea formar parte de los huesos,
que resbala entre las hojas, empapando mi ropaje.
Suelo que se hunde disfrazándose de espuma,
que se abre malicioso, invitándome a soñar.

La locura, las peleas,
la gloria y la pasión,
pero vendrían hilos de agua
a robar el sentir de las cosas
y me vería obligado a formarle con barro.

Otra vez el agua...

Respiro húmedo y frío,
se congelan las entrañas,
la lluvia como púas de hielo,
tu mirada que se pierde en un rincón.

Es a mí, no soy yo, es otro,
algún objeto que tocaste con las manos.

Desde entonces te inventaba,

en el juego ocioso y en las líneas de mis libros,
en el barro que está en la orilla del arroyo,
en los juguetes y en los mitos.

En las noches tenebrosas, cuando faltaba la luna,
entonces te creaba con la flama de las velas,
con el sonido familiar del viento en las rendijas.

Duermo en la orilla del río,

en la caricia musical del agua
que sueña contigo.

Se carga el cielo de humedad
y vuelve perfume el adobe de las ruinas.

Vienen las historias de los viejos
en el aire,
las historias que se ocultaron
en la hierba
cuando comieron los gusanos
sus palabras.

La tormenta va esculpiendo tu rostro
en cantera de caminos,
horadando hasta la roca
para fijarle tu imagen con cincel.

Vista panorámica
en la vieja heredad de los abuelos,
silencio de los gritos que oía cuando niño
—se ve tan triste—.

Vienes a invadirlo todo,
siempre estuviste
entre las hojas del maíz,
en los surcos de la tierra,
en los valles y en los pinos...

...en los llorones que bajan sus ramas
al fondo del estanque,
en los antiguos corralones
que se desmoronan

y en las vigas que se caen
en pedazos.

Vienes a borrarlo todo,
lo que no pudieron
las revoluciones ni los siglos,
lo que ya a nadie importa,
la moneda que perdió todo su lustre.

Estoy como desnudo,
no sé quién soy,
tengo el hambre de los lobos,
el anhelo de corrientes subterráneas
por la luna.

Voy escarbando arena para olerte
porque tienes en la carne las memorias,
los perfumes de las diosas.

Voy persiguiendo
caravanas fantasmales
por los desiertos,
por los caminos de la sinrazón.

Cuando aprendías a pintar tus labios

—cuando apenas, apenas aprendías—
y los secretos de los hombres,
no te importaban las lecciones del maestro.

Sólo tenías ojos para la ventana,
para sueños dibujados entre cerros,
y los desvelos ocasionados
por las horas que perdíamos en el aula,
muy pronto se desvanecían.

Era tu luz de inocencia maldita,
dorados rizos de muñeca antigua
rasguñando el aire con deseos de libertad,

presagiando cómo decidió la rueca
separar nuestros linderos.

¿Recuerdas, Fulvia,
cómo soñábamos con ser
los protagonistas de una grande
y maravillosa historia?

¿Recuerdas cómo nos fueron
sugiriendo paradisíacas imágenes
los fantasmas de los ancestros,
los espíritus de esta tierra colorada?

¿Recuerdas que dejamos
de ser casi hermanos
y despertaba nuestra carne
con una mirada?

Se te fue pegando la ropa
con el agua del río
y tu desnudez maravillosa
quedó grabada en mi memoria...

...como el hierro candente
sobre la carne del esclavo.

Al posar

nuestros ojos de ambición
en las joyas del cielo,
aquello olía a eternidad...

Nos vinieron ganas
de dormir,
como larvas de sueño bajo tierra,
en lo oscuro.

Eres eterna porque brillas en el oro,
porque tu risa permanece fugitiva,
robándome la calma.

Nunca te fuiste
—pero te quedaste—
invadiste mis sueños
con alas de nostalgia.

Quise decirte que yo te amaba
de mil maneras,
cuando empeñada en llevarte
las palabras...

Se me fueron durmiendo
los sentidos,
disminuyendo de mi pecho
los latidos.

Para burlar el tiempo cerré los ojos,
me fui a dormir encapsulado,
como larva de sueño bajo tierra,
en lo oscuro.

Para llevarte lejos:

cruzar toda la distancia
en busca de una tierra
donde puedas sonreír.

Por si no te veo mañana
—por si no hay mañana—
ya que las bromas de los dioses
hacen la tragedia entre nosotros.

Para secar tus lágrimas,
y todas las heridas que sufriste
al contacto
de la descarnada realidad.

Por si me olvidas,
por si no lo haces
cuando debas olvidar
el día que me vaya.

Para que seas una niña,
para que estés segura,
para mantenerte abrigada
en un lecho de seda.

Para que no lleves
flores a las tumbas,
para que seas feliz
hasta la indecencia.

Voy a llevarte lejos,
voy a robarle al tiempo.

En la casa señorial

donde la cámara azul
de todos los suspiros,
brillaba su cabello.

Tras cortinas celestes,
¿quién sabe cuán hermosos?,
los ajenos instantes
de noche transcurrían.

Era tan azul tu sangre
—destello en mar helado—
pero siempre te veías triste...

Tus cabellos se volvieron
tiempo, proceso y velo,
y todo lo imposible.

Eras azul y nunca supe
si porque muerta
o porque te soñaba,
¿sería por ambas cosas?

Dicen que el sueño
es hermano de la muerte.

Pretextos de café

ahora que te fuiste:
voy a buscar
tus caricias en el viento.

Llena la mente los rincones
con fantasmas de tu imagen
y enloquezco
—falta la brisa de tu pelo—.

Mención de tu nombre
en el último acto:
no sé que hacer.

Buscando en los cajones,
en las cartas sin perfume,
en descoloridas fotografías
y en las briznas del pasado.

Cruce de caminos en la calle
con tu madre o con tu hermana
—fingir demencia—.

Hoy que me acechan los fantasmas
descarnados, tan crueles y taimados.

Hoy, que no digo tu nombre
para no quemarme la lengua:
pretextos de café
ahora que te fuiste.

Te busqué por todas partes,

en las casas de adobe
y en los sueños rotos
del desierto.

En los ojos de la niña rubia
que jugaba a orillas de la carretera,
en las lámparas de aceite,
en las luces extraviadas,
sumergidas a distancia.

En los cuentos de las viejas
salpicados con heroica nostalgia,
en los besos sigilosos
que se obsequian los amantes.

En el pozo
—cárcel de la luna—
y en los cercos de púas
donde fueron a parar
los jirones de la espera.

Sin embargo se te iban las horas

y te volviste recuerdo en los caminos,
en los muros de tierra compactada.

No supe decir cuándo
te fundiste con los elementos,
riendo fría y fantasmal...

Con todo eras corpórea,
a pesar de tu veneno de inocencia,
a pesar de fantásticos matices...

...en tus ojos.

Corrías caudalosa
como el agua destructora,
salvaje hecha de lluvia.

Dijeron los ancianos
que fuiste un soplo de viento.

Se fueron pintando
de colores violáceos nuestros bosques,
cuando trepabas por las ramas.

Se durmió el tiempo olvidándose de ti,
pero las hojas...
sospechando en tu linaje el aire,
antes de su entrega al sueño
cobijaron tu recuerdo.

Pájaros de la noche

que oníricos,
vuelan bañados de luna
a través de las nubes
rasgadas por el viento
—me persiguen—.

Corro por este desierto
de arenas milenarias.

Fulvia,

te pierdes en el viento
que arrastra polvo del camino
y vuelve a las láminas
orquesta.

Fulvia,
destapas una Coca-Cola
en el borde de la última frontera,
enciendes un Marlboro
y tomas la pose de las divas.

Fulvia,
te transformas en lejana
—pareces extranjera—
cuando arrojas los últimos trazos
de tu imagen provinciana.

Fulvia,
en tu adiós a las vacas...
agitas la dorada cabellera
y buscas en el bolso
el escarlata.

Fulvia,
con un fajo de billetes
y en el tren,
eres la estampa femenina
de Cortés.

Llegarás de la noche,

ascenderé a tu reino de poesía
enterrando mis tristezas
para que de ellas surjan flores,
y mirando el azul de tus ojos
retornará la infancia.

Treparemos al árbol de las moras
para ver cómo pasan los viajeros,
para dejarnos acariciar
por el viento y por el sol,

y otra vez nuestra música
será el murmullo de las hojas
y el ladrido de los perros.

Cuando lancemos
el reloj de nuestro lado
tendremos ganas de ser fantasmas
de la luna, otra vez.

Aullidos espantosos
dedicados a las viejas,
carrozas de fuego
surcando los cielos.

Cuando vuelva a tocarte los cabellos
y caviles frescas maldades,
me harás rabiarse:
te amaré de nueva cuenta.

Cuando vuelva a ser
un niño salvaje corriendo
entre los murmullos de los ancestros
por añosas heredades,
me sorprenderás

con tus ingeniosos comentarios
—el retorno de aquellos tiempos—.

Cuando escondas
un verso entre los muros,
cuando robe tu diario
porque me haces enojar,

te pediré disculpas
y volverá a tus manos
sin que haya leído una sola página
(o tal vez una),

porque somos
los aliados más audaces,
los más perversos,
y dulces... y frágiles.

Buscaremos arañas
en el barro de los ríos,
robaremos manzanas,
golpearemos a otros niños.

Peinarás cabelleras de mazorca,
arrojarás al agua un mensaje embotellado
con destino de ninguna parte.

Contarás historias de las ruinas,
de los pozos y de los viejos
que hace mucho se durmieron.

Incendiarás lo oscuro,
te vestirás de verde
y juntos aprenderemos a fumar
con los larguiruchos cigarrillos de la tía.

Cuando juguemos a las cartas
a la media noche
y nos amenacen con el diablo
y con los gnomos.

Cuando escondas
las sortijas en tu pelo
y tomes venganza
por haber decapitado tus muñecas,

y nos bañaremos juntos
en las aguas heladas del arroyo
y construiremos una balsa
para escandalizar en el estanque,
para quedar atrapados
en los llorones...
como flores hermosas y raras
y de agudas espinas.

Cuando llegues de la noche...
soñaremos.

Aguanieve:

por los pasillos de viento
y en manchas de lodo
te recuerda el cristal.

Aguanieve,
te vuelves nada
al bajar las escaleras,
pero queda tu perfume.

Aguanieve lejana,
me vienen ganas
de escribirte una canción.

En las quimeras

Voy
—bebiéndome tu ausencia—
desdibujada te recuerda
el amarillo del paisaje.

Camino,
evocando polvo,
y verdes gritos que se alzan
desde una línea de memorias
que se vuelca en tus quimeras,

y es en las quimeras
donde acudes al llamado
que reintegra nuestra infancia.

El tiempo es mi enemigo:
ha difuminado tu contorno
en la llanura,

terco al dejar apenas
el esbozo de tu pelo.

En el viento
quedaron jirones de tu olor,
por eso voy husmeando cardinales
en busca de una imagen extraviada...

...porque hoy
no parece que te fuiste
y puedo recrearte
sumergida entre los libros,
empapada en fiebres
que en amarillo te recuerdan.

Camino,
evocando polvo,
y verdes gritos que se alzan
desde una línea de memorias
que se vuelca en tus quimeras,

y es en las quimeras
donde acudes al llamado
que reintegra nuestra infancia.

II. LAS HIJAS DE LA LUNA

Reinas del otoño

sobre las barcas de los siglos,
pronunciando nombres
que infundieron vida a las criaturas.

Visión entrelazada
con los bosques,
aquéllos que no vimos
por faltarnos tiempo.

Fluye la distancia
recortándote la imagen
para luego diluirla,
moderna Circe.

Caminaba...

sobre olas de trigo
hasta llegar al viejo pozo.

El cubo perforado,
madriguera de la araña...

...el pozo.

Hipnótica,
parecías venir
de las corrientes que se ocultan
en las entrañas de la tierra
—como una diosa celta—
señora de los bosques
y de las fuentes,
de la guerra, de la sangre
de los que caen en batalla.

Armonía de silencios,
de frases nunca dichas,
trae la luna el poema y el viento,
destellos que proyecta
lejana carretera.

Tu mirada en brillo de nieve,
y si ríes te vuelves un cisne de cristal,
un trozo de vidrio perlado al carmesí.

Dicen los viejos que ya te habían visto
en la esencia de la noche,
en la risa apagada por la distancia,
pero con los primeros rayos del sol
se deshacen los fantasmas
que preceden a la lluvia

y tu rostro se diluye
en el inicio de los tiempos.

Dicen los viejos que hace mucho
vinieron las hijas de la luna
a robar los frutos del edén,
y al tocar la tierra...
se les cayeron las alas.

A veces me imagino

que caminas por el aire,
que te vuelves una con el aire,
¿será por eso que cuando sonríes
pones a temblar todas las cosas?

Transformas los rincones en poesía,
te pierdes entre resonancias
que sugieren un misterio,
un océano de velos y fulgores
—es que estás hecha de luna
y cuando duermes
extravío el pensamiento—.

Acaricias con los ojos los segundos,
todo lo que te rodea deja de existir
por un momento, bailarina de los sueños,
del humo y de las hojas.

Pasan las horas encantadas
—los instantes congelados que te miran—
que te añoran, que te inventan una y otra vez.

Te sumerges en un cúmulo de voces,
te fundes en los cristales y en las luces fugitivas.

Vas y vienes
con la cadencia misteriosa de los vientos
y eres parte de una melodía incierta
cuyas notas parecen dibujarte,
a lo lejos.

En sus horas secretas,
en los húmedos jardines,
presta a los rayos del sol
el deleite de la carne.

A veces me imagino
que habla con las flores,
que con mudos gestos
se vuelven cómplices
de microscópicas maldades.

Quizá,
en las profundidades misteriosas
del alma femenina,
las notas seductoras
de una música infantil,
soñadora y perversa.

El celoso vientecillo,
que ebrio de placer,
va a jugar donde las aguas
de la musgosa fuente.

Ella,
la figura perfecta,
poema en labios
del dios anciano
al que las eras
ablandaron al punto de sonreír,
con esa expresión de los abuelos
que todo lo consienten.

Ella,
sus blancos pies
tocando apenas
la piedra del camino.

Ella,
inventando torres
y escaleras de cristal,
contemplándose
en el cauce de los ríos.

Era un palacio de luz

por donde vagaba una princesa
que nunca existió
—acaso en un sueño—.

Era un cúmulo
de resonancias luminosas,
de ecos desmintiendo la muerte
con promesas de vida en los reflejos,
en la superficie vítrea de un espejo.

Era música
de trágicos ademanes
—silencio elocuente—
vertiente de melancolía
en plácida contemplación.

En su mirada aprendieron
a latir todas las estrellas,
y con una lágrima
las derramó sobre la tierra
para que nacieran flores de cristal,
y de las flores, hadas.

Había un loco persiguiendo ecos,
llenando las tardes mientras le hablaba el mar.

Era un palacio de luz
por donde vagaba una princesa
que nunca existió
—acaso en un sueño—.

Era un cúmulo de resonancias luminosas,
de ecos desmintiendo la muerte

con promesas de vida en los reflejos,
en la superficie de tus ojos.

Y si ya no hubiese aire:

el amor de lobo transformado
en amor de oveja.

De sentarnos a engordar,
sin pretexto para un verso
ni para un sueño
—estallido en pedazos de los días—.

Por si te vuelves humo,
un poco noche, un poco nada,
habría que pintar tu silueta y tus pasos.

Por si dejas el camino de los hombres
para no ser más que un murmullo
de sombras y de tardes:

la que en gotas de un sueño
y en alas de la noche
se transforma en mil destellos
—por si de hielo se te vuelve la mirada—.

Ebrio de ti,

para que me asuste la muerte
y me incite a abrir caminos
por los bosques de la vida.

Cuenta los pasos
el anciano del reloj
cuyas barbas se extienden
como arena.

Cubres de sol cristales
que opacos parecían.
Pescar al vuelo las palabras
para tejerlas y entregártelas.

Sabe tu ausencia
al fruto viejo que nadie quiso,
a horas solitarias
en que nos aterra estar aislados
con nosotros mismos,

al tiempo en que nos visitan
los fantasmas...

...serán viñetas de revista antigua
que comidas por el tiempo,
traen zumbidos de una fiesta lejana.

Dulce llanto

de criaturas encapuchadas
—anhelan sueños que nadie más
se atrevió a soñar—
es el reflejo de la luna
mejor que el de la carne.

Aire alto reclamando vástagos,
agua turbia en tu belleza
—agua helada—
perdida como estuvo
la mirada de los dioses.

Abre el sueño una puerta

que no estaba ahí,
se corre el velo de Isis,
viene la duda en traspasar el umbral.

Te presentas toda de negro
para hermanarte con la noche,
como un libro de magia,
dueña de encantamientos
ignorados por los hombres.

Tocas el acorde preciso
en el momento adecuado,
y de las sombras opacas de la tarde
se levantan mil fulgores.

Y si llueve no lo sé,
mi mirada se fija
en el punto donde estás,
pero tengo que quitarla,
¡no la quemes imitando sol!

Al filo del abismo,

en ninguna parte,
sin momentos,
sin espejos.

Caído en playas
de la isla más desierta,
abandonado a la caricia
del viento y del oleaje...

...lento desvanecer de arena
mezclado con espuma
de las crestas.

Antes de ti no hubo luna,

en los abruptos acantilados
las crestas rugían sin luz
que pudiera iluminarlas.

Era oscuridad ruidosa,
confusión que con débiles manos
trataba de asir, un borde
resbaladizo de cordura.

Antes de ti no hubo magia,
todo lo creado carecía de dirección:
porque aún no llegabas,
porque aún no pronunciabas la salmodia.

Hace mil ayeres
la oscuridad se volvió tan densa
que ya no pudo estar en sí
—tuvo que parir a una diosa—.

Antes de ti no había ojos como los tuyos,
antes de ti no había nada...

Cuando pasan las horas

extraviadas de la historia,
cuando vuela el pensamiento
en alas del capricho y el desorden,
invariablemente, me lleva a ti,

porque tienes brasas en la cara
y un vestido que te cubre de misterios,
porque llevas en la piel una fragancia
de mujer antigua, de mujer leyenda,
de diosa en celuloide.

Brisa de cabello,

palpar los secretos
enterrados en tu piel,
hundirme —húmeda— en tu centro.

Tenue rozar
con la yema de los dedos
la epidermis de tu rostro
—te vuelves ángel—

porque hay mujeres
que como tú
tocan con invisibles miembros
ocultos resortes de la creación.

Llenarte toda
con rugir de océano,
hambre primitiva,
libido insaciable.

Voy a llevarte hasta la tumba,
voy a ponerte ofrendas
y luego abrazaré la tierra
y me secaré, junto a las flores.

Para sentirte luna,
para sentirte agua,
para sentir como te vuelves
briznas de aire entre mis manos.

Llena de azul

para volverte sueño:
menos que un murmullo,
caricia de la seda.

Al seguir tus movimientos
dibujados de quimera.

En los ademanes teatrales
de tu baile, extraviando la razón.

Del mar de la inconsciencia:

frutos extraños,
ansiosos de anidarme
el corazón
—se quedaron—.

Me miro al espejo,
descubro una luz:
tengo parientes en las estrellas.

Sombras de carnaval,
aquéllos que sin nombre...

Intoxicación
de noches prohibidas
—corres el telón—
y de entre las fantasmas
tenuemente dibujados,
la promesa de pasiones.

Tu perfume, y de nuevo
el dulce abandono.

Hace un momento o una eternidad,
acechando como buitre de lo oscuro.

Fórmulas inciertas del ébano celeste,
fragmentos de sueños, los amigos se alejaron.

Cerré los ojos y dormí profundo,
¡bruscamente desperté al vacío!,
y a través del tiempo sin poder olvidarte,
y en mi cara el viento, cruel de recordarte.

Un silencio de púas, miedos nunca dichos.

Ella era la muerte,

vagarosa, increíble;

irreal y sin embargo

la besaba todos los días:

todas las noches

entraba en ella.

De sus manos brotaron paraísos

y notas musicales

cuajadas con olvido.

Contemplé tu silueta

que nacía de la penumbra,
que se vislumbraba en las cortinas.

Me temblaban las manos
cuando tus labios buscaron mi rostro,
cuando me bañaste de oro.

¡Deseaba huir!, y sin embargo
no quise abandonar
ese lugar ni ese momento.

¡Cómo gritaste!,
cayeron todos los velos
y pude aceptar la muerte.

Música,
primero fuiste música,
después te volviste agua.

En la torre del hechicero,
la empresa quimérica:
estrellas en un recipiente de vidrio.

Atrapando universos
en espirales confeccionados
con trozos de noche.

Era la primera mujer,
creada por dioses
que, cansados de la guerra,
la sacaron del vacío
como solaz de su pereza.

Era el fruto más bello de los jardines
y nunca supo
si había otros de su especie.

En un claro del bosque
se sentaba,
sobre el tocón de un árbol:
hada maligna
de dorada cabellera
derramándose en el musgo.

Era la primera mujer,
hija única del amo de los cielos,
sobrina del rey de la tormenta...

...privilegiada por el tío
que tronaba, avisando para no mojarla.

Un día se atrevió
a robar las joyas del cielo
para prenderlas en su pelo
y el monarca de los dioses,
el mismo que había fulminado
a los gigantes con una mirada,
permitió que la niña
le tirase de las barbas.

En sombras de palacio

los rumores,
el encanto y el misterio
de tu alcoba,
el reflejo de mil noches
que añoraba.

Prisión de los ayeres
olvidados,
de los bailes
que fueron a rendirse
a tu llamado.

Jardín de luna,

plácido vivero con todos los rostros
del tiempo eterno de Egipto.

Caja que contiene
las ansias de los amantes,
los mejores vinos,
las sedas, los plumajes.

Jardín de luna,
dulce tristeza del arpa decadente
que nos embriaga con el perfume de sus notas,
al pie de las tumbas milenarias.

Al correr del Nilo...
cantaron los poetas
la belleza traslúcida en tu ropa,
flamígera de viento.

III. ESTUDIOS Y FRAGMENTOS

Que se detengan los segundos en tus ojos

para dibujarte a lontananza
y quede aprisionada tu imagen
en el verde reflejo de las plantas.

Que se incendien tardes y nostalgias
para que llegue a amanecer de nuevo
y pueda traducir al pentagrama
aquellas fugitivas resonancias.

Que te vuelvas viento, que te vuelvas luna,
para que pueda cortejarte a deshoras,
y a los murmullos necios
que nunca termino por decirte.

Claro de luna,

besa la brisa con los ojos cerrados
para transmitir las emociones que soñó:
unos ojos que miraban hacia el mar,
un camino destinado
a la mansión de los abismos.

Llega la noche,
asaltan al sueño todos los fantasmas
que cabalgan vestidos
con enigmas no resueltos.

Miro tu fotografía,
el perfume de las sombras
viene a colarse por la ventana
junto al silbato de fábricas distantes
—un demonio llorando—.

Escapar de entre los muros,
caminar por las calles de una ciudad dormida...

...dormida te imagino,
y las siluetas de los árboles
van esbozando tu semblante.

Sigo entre cerros y hondonadas
amenazado por irreales enemigos,
porque la ciudad está muerta,
sólo me pertenece a mí
—el sueño invade los peligros—.

Rugido ocasional de un bólido,
los jardines inundados de luz:
bailan las penumbras que estallaron.

Y por la calle más oscura,
sorprendiendo espectros
en las gradas de un teatro
al aire libre.

La sonrisa que se deleita

en sí misma y unos ojos
que se fingen otros...
de esmeralda.

Y es que tienes porte de duquesa
cuando te pones las horas,
cuando caminas, cuando moldeas la luz
para convertirla en sombras.

Iba pincelando la tarde con suave trazo
los recuerdos que inventé,
pero tú parecías formar parte de olas
que fueron a romper contra los arrecifes.

En tu linaje un algo de los cielos
porque tienes ese aire, nariz respingona
y una corte de vasallos que invisibles,
se inclinan cuando pasas,

deshaciéndose en elogios
al fundirse con la nada.

Domine salve Regina

Proyectaba la sombra congelada
en aristas de nostalgia, humo azul,
rojo brillo de poemas que nunca escribí,

y bailaban los fantasmas cortesanos.

Una sonrisa que te hizo reina
y que más de una mona flaca
hubiera deseado.

¿Lo sabes?
Poco delicado el pueblo,
alérgico...
a la aristocracia.
Y es que la realeza
no es producto del sufragio.

Componiendo las quimeras,

los segundos, las siluetas,
para decirte y no decirte
cómo fluyen los instantes,
las canciones, sinsabores,
resplandores,
a pesar de los agüeros,
las murallas, los torreones,
que quisieran, ¿detenerme?

Bandadas de pájaros negros
surcando con alas inmensas.

Laberinto, la palabra,
la sonrisa, la mirada.

Laberinto son tus labios,
el pensamiento que no termino de expresar.

Gotas de sueño, de vino oscuro
—tus silencios—
como océanos de fuego
en faz de incierto sol.

Hablan las luces apagadas

cuando el silencio es elocuente.

Exiliado, en una torre de marfil
en medio de la mar, una torre que no viste.

Se incendian los cielos,
se derrumban los paisajes,
los palacios de los dioses
que murieron en la noche.

¡Carente de unidad!, no quiero que la haya:
arabescos, garigoles,
flores exuberantes y raíces que me abrazan;
explosiones y tormentas;
Roma en llamas, para volver a edificar.

Respiro, roto en la arena,
junto a los pedazos del último naufragio.
Un canto me acaricia dulcemente,
¿y quién iba a pensar que guiaba hacia las rocas?

El viento frío del norte obliga a refugiarse,
una botella, un mensaje de ninguna parte.

Ilusiones de los mares que llevan al viajero
en una exhalación, que ya no van a regresar,
pues se pierden en las aguas de un mundo
cuyo sol languidece.

Un lenguaje que no entiendo
—lo presiento—
dejá vù,
yo ya estaba pero nunca estuve.

¿Tiene sentido luchar contra marca?
No lo sé, tal vez lo sepas,
pero ciego y por instinto
me despido de la indecisión.

Auto de fe, acaso haya una manera
para que pueda decirme y decirte
que no se debe temer la incertidumbre,
que lo hace parecer todo tan delicioso.

¿Qué te diré, cuando agotadas las metáforas?

Inasequible sueño...

sin escuchar el trino de las aves que pinté.

Esculpiendo tiempo, esculpiendo ausencia,
cuando faltan las palabras y las notas,
al estudiar el sonido de la hierba cuando crece.

Sueño que cambia de colores,
que muda situaciones a capricho,
y escenarios.

Visiones del otoño y lejanías,

los momentos que vivimos
cada cual por una parte,
las angustias, los temores,
la alegría que ya no reconoces.

¡Con un martillo derribando las paredes!,
los instantes, las rutinas.

Voy navegando como idiota.

El aullido de los lobos
y el hambre que busca hallar una salida,
el réquiem de las nostalgias que se esfuman.

Aquello que te dio tanta risa,
pero luego vino la tristeza,
por deleites presentidos salpicada.

Un final,
un nuevo comienzo que por fuerza
había de terminar...

...dulce en la música tímida
que me guía hacia ti,
sin saber a dónde lleva
—carece de importancia—.

Que se enciendan las luces,
¡comienza el baile!,
cámara lenta
para disfrutar el movimiento.

Retrocede, adelanta,
congela la imagen
y hazme dueño del tiempo,

para que la muerte no sea
más que un sueño.

¡Que la última cerilla no prendió!
Que me carguen los demonios,
que pueda escaparme de ellos.

Que se sienten los dioses
a mirar nuestras batallas,
que se olviden de nosotros
para que no nos pidan nada.

Que caigan los héroes en la tierra
si no alcanzaron triunfo,
para que su propia sangre sea su gloria.

Espejo de luna,
trágico ademán de teatro,
¿viviremos para siempre?

Se rompen las espadas en la lucha,
ardiendo los castillos y los gritos;

la tierra tiembla,
derriba los viejos monumentos
para poner sobre las ruinas
tronos nuevos con reyes nuevos...

...cuando escuchas el sonido,
la caricia del ayer
—camaval de humo blanco—.

Me destruiste...

y aún no logro reunir
todos los pedazos
de mi viejo yo...
aún no logro comprender.

Como si fueras un juguete,

me gustaba tocar
con la yema de los dedos tu textura
y pasaba las horas contemplándote,
presumiéndote.

Como si fueras un juguete
—el más bello, el más precioso—
y yo, un niño egoísta que no consiente
ni siquiera, la mirada de otros ojos
en su posesión.

A veces, harto de jugar,
bastaba tu silueta recortada
en los paisajes más diversos,
compararte con el resto
de la colección.

Como si fueras un juguete,
al llegar el sueño te abrazaba con fuerza
y cuando tenía que dejarte,
procuraba mantenerte lejos de los intrusos,
insospechada, segura en algún rincón.

Como si fueras un juguete
—el más bello, el más precioso—
y yo,
un niño que lo pierde
antes del fastidio.

Era confusión tu nombre

Hoy te vuelves paloma
en los laberintos del pensamiento,
en los recuerdos de mi carne.

Hoy te veo flotar
como un manojo de rayos entre las hojas,
entre las memorias de lo que nunca fue.

Ya eres menos que un recuerdo,
te transformas en leyenda,
en un mensaje grabado con sangre y letra
desde una época lejana.

Me figuro que no fuiste real,
pero un engaño inducido por sopores,
por los ensueños de las fiestas
en los salones olvidados del tiempo.

Ya no creo sino que inventé
el perfil hebreo que lucías orgullosamente,
el sacrilegio de tu alegría y el de tus tristezas.

Siempre hasta el límite,
buscando una palabra
que pueda responder a las preguntas
que formulabas con tu andar.

Era confusión tu nombre
y de los profundos misterios
arraigados en tu pecho
surgieron mil terrores:

miedo de perderte,
de un día despertar

en un lecho vacío,
en una primavera sin pájaros.

Era confusión tu nombre
porque de todas las respuestas
que me diste, sólo quedó en claro
que no sabías a dónde ir,

y con tus dedos entrelazados
en una copa de vino, te fuiste lejos,
entre rumores de orquesta
y chispazos de luz artificial.

Voy a invertir en experiencia

mi sangre, mis horas
—tal vez el alma—.

No dejaré ningún legado
—pero de viento—
de helado rumor invierno.

Voy a extraviarme en un mar furioso
sin testamento para los gusanos.

Para que sepas cuánto te quiero
voy a cortarme la lengua y así,
cuando no estorben las palabras,
vendrán los actos.

Y vino la justicia

lanzando la moneda:
cayó de canto.

Desde entonces
ni los dioses ni los hombres
se atreven a juzgarte.

Y vuelas en el limbo
y vuelas en el aire
y te pierdes entre sombras...

...legendarias.

Llovía del cielo tristeza,

borrón de nociones de tiempo,
alivio del ser investido en espera.

Lágrimas del dios
cuyo nombre desapareció
de las líneas dormidas
en rollos de historia.

Era desdicha a deshoras,
juventud amarga y consciente
de su propia mortalidad,
de su efímera condición.

Era tu rostro promesa
que un día, cargado de tiempo,
tuve que cuestionar:
¿valía la pena la espera?

Si supieras...

¡Cómo se te extraña en los infiernos!
¡Cómo se me parte la piel,
cuando tu recuerdo.

De sentir...

¡La mitad de los dolores que me aquejan!
¡Los sentimientos enfrentados!,
morirías.

¡Ay si supieras!
De la sed más espantosa,
de los vientos que me azotan,
del erial de mi cama.

Por las noches, cuando tengo seca la garganta,

cuando se agolpan los sueños insatisfechos,
¡cuando parece tan vacío!,
cuando me doy vueltas en la cama y no estás.

Cuando la luna, cuando la brisa del verano
—al llegar el deseo de tomar por asalto
el balcón de tus suspiros—
cuando se pierde la esperanza.

Al filo de la ajena carcajada,
cuando el hielo de la madrugada,
en la fugaz visión de una diosa,
en el volar de tu pelo...

...en las horas vacías
que dejábamos secar.

Dudas en la agonía del milenio:

¿Y si los dioses regresan por sus fueros
y la realidad se ve, de pronto,
desdibujada en sus contornos?

¿Y si acechan formas
de tiempos extraviados y blasfemos
y desaparece nuestro mundo, sin dejar siquiera,
huellas en el polvo que sobrenada el cosmos?

Nada como el vino:

tiene el perfume,
tiene el color,
la suave textura
que se va adueñando
de los sentidos.

Líquido vivo que duerme,
espera de sueños,
de vagas ilusiones
que habíamos extraviado
en los años púber.

Hambre de ti,
de todo aquello que me negué
sistemáticamente, metódicamente.

Hambre de tus ojos y de tus labios,
del perfume que te circunda perenne,
de tu sonrisa...

Hambre del sueño
que te niegas a compartir,
que te empeñas en ocultar.

Hambre del reflejo carmesí,
terciopelo de vino,
¡aquél de tu boca!,
de las flores fantasma
que proyectaba la copa,
de la sigilosa mirada
que sorprendía un instante
—un mísero instante—.

Nada como el vino,
nada como el murmullo lejano
de tu canción,
del ajeno brillo de las estrellas,
aqué! de tu piel.

Evolución al capricho:
aquellos poemas
que inspiraste con una mirada,
con un gesto de musa y de diva.

Hambre de ti,
hambre de luna
con arrebatos de baile.

Deseo insaciable,
inalcanzable;
deseo parturiento
de las tempestades
en la gloria y el infierno.

Será el olvido

¿Será el olvido que hallan los lotófagos
el fin último de la existencia?

¿Será la mirada estúpida de la satisfacción
la gloria de que hablan los profetas?

¿Será la falta de ilusiones la que corona
los sueños, las fatigas y todos los afanes?

¿Serán tus ojos, un cigarro, tal vez dormir,
o la embriaguez metódica?

¡Cómo te fuiste!,
dejando tras de ti
en forma de espinas
millones de años.

Estela de ansias,
dulce pozo sin fondo
que encuentro
y vuelvo a extraviar...

Ayer me preguntaba
en la hora más triste
del río, del árbol,
de un mar proceloso.

Lamentos ahogados
a lontananza
cuando evoco tu rostro,
tus ojos, el total abandono.

Suspiro y me hundo,
¡ruego porque el suelo
se abra bajo mis pies!,
porque me devore el abismo.

Quiero mirar aunque sea
tu reflejo en el agua,
desnuda para que al fin
pueda tenderme como las hojas,

acaso morir...

Desnuda y plena
te imagino cuando los cerros,
cuando los lagos,
cuando todo conspira.

Y cómo te brillaban los ojos

cuando bailando semioculta
por un diseño de luces
y de sombras,

por un velo proyectado
en tus facciones.

Hubo un instante,
creí que una mirada tuya
volaba en pos de mi rostro.

Juego
de versos entremezclados
cual dosis de venenos dulces,
unidos en una copa,

como los fantasmas de un teatro
—terribles y bellos a la vez—
intocables y pertrechados
en el absurdo.

Ya fui poeta demasiado tiempo

—te busqué por todas partes—
en los rincones de las noches y en la luna,
en las quimeras del abismo.

Sigo sin encontrar
las fantásticas criaturas,
los reinos encantados.

No hay aparición de mujer
bajo la luz de los faroles...
y tu pretendido entierro
ya no engaña las memorias.

En la desteñida fotografía
que aprisiona mil ayeres,
veo nuestras imágenes entrelazadas:
dos personajes de novella
naufragando en sombras
de la tarde.

Atenea

Atenea,
estampaste en el cielo,
al filo de la aurora,
tu firma incandescente.

Desperté,
con una sonrisa en los labios
de irónica nostalgia.

Esperé...
mejiéndome en este mar
de suaves ondulaciones
que es el tiempo,
y es que tú
eres mi inspiración.

Por la carretera vacía,
subiendo la cuesta,
una ciudad incendiada de luces,
un nuevo Nerón.

Arterias y venas de la metrópolis:
destrozando el planeta
para crearle de nuevo.

Dulce poema de asfalto,
de perros embarrados
y de fichas incrustadas.

Comenzaron a asomar tus lágrimas

y las mías se fueron enredando con las tuyas
cuando las horas dejaron de existir.

Acaso pensaba disolverme con el tiempo.

Te tenía ahí, sin poder abrazarte,
sabiendo que ya nunca habría de fundirme
en las verdes luces de tus ojos.

Me apretabas las manos para consolarme,
sin la promesa de ningún futuro,
de ningún mañana, a tu lado.

Fue una carcajada de hielo

y decepción,
la mueca de un hombre marcado
por el fracaso.

No podía creer
que tal parodia...
fuera yo.

Profundo en la noche,

voy a bañarme de estío,
de los besos que prohibiste
con un gesto,
del perfume que exudaba
tu cuerpo.

Profundo en la noche
llegaré hasta el fondo,
aunque me cubras de plástico
y me entierres las uñas...
aunque me dejes extraviado
en la distancia.

Hay veces que no creo

que te fuiste,
que no creo que eres tú.

Entre púas de luz
nos rompimos
—nadie nos pudo arreglar—
ni explicar siquiera
de las horas diluidas
en asfalto.

En los vasos rabiosos te recuerdo,

en las cenizas compactadas,
en el fluir del automóvil;

en efímeras flores que de esquivarlas
nacieron en el muro,
en el grito que tronaba por las calles,
en el borde que me sacudió
todos los huesos,

y en las prendas íntimas
que asomaron
por un velo de cristal.

Adoleces,

cuando llevas frenos en la boca,
cuando las nuevas funciones
de tu cuerpo.

Inexplicables nostalgias
en mitad de clase
y las diferencias con tus padres.

Cuando buscas tu rostro
en otros rostros,
en el desamparo de tus noches.

Cuando llevas en los sueños
el pecado
y en vigilia la virtud.

Al abrir la ventana
y preguntar al viento
donde vomitar.

Cuando envidias la fama
del rockero en turno.

Gotas de lluvia artificial

que deben la existencia
a un diseño de armonías,

a un estilete de fragancias
que rompe los yugos
del pentagrama.

Atenea II

Las manos, la piedra,
el zumbido de la jabalina.

La espada,
el arco y la flecha,
erupciones de pólvora.

Aves y monstruos
en acero...
que recuerdan
criaturas mitológicas.

El rayo de Júpiter,
las flechas de Apolo
y el tridente de Neptuno...

Océanos de fuego,
el rostro de Dios
ante Sodoma,
la firma incandescente
de Atenea.

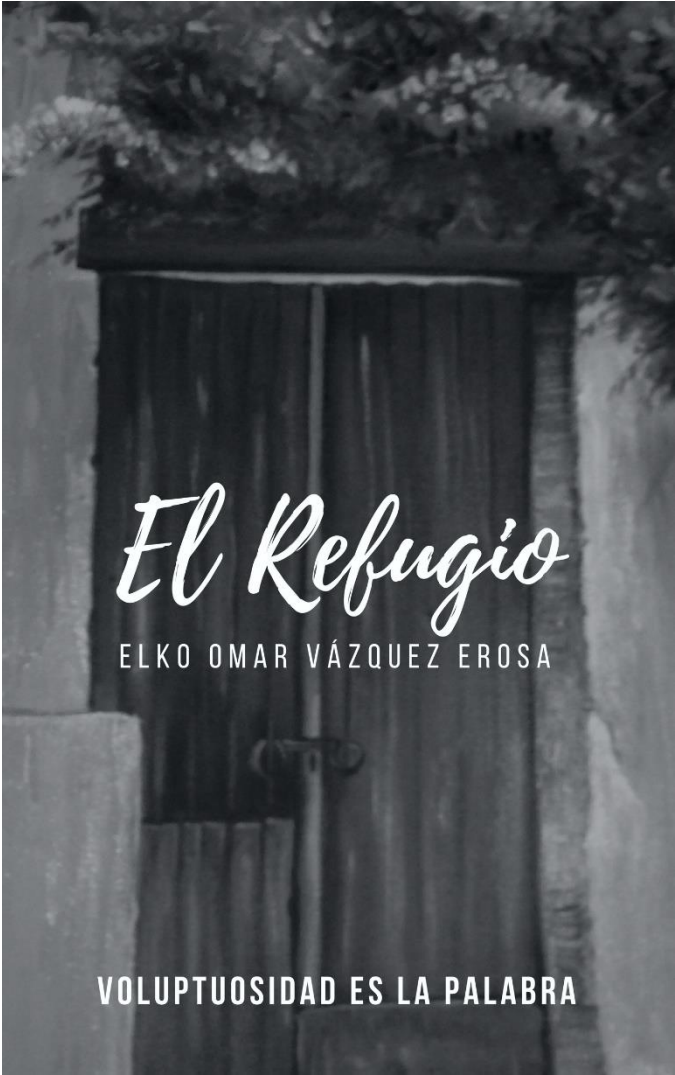
Y ahora un avance especial de:

El Refugio

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<https://amzn.to/2DcPpvi>



El Refugio

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

I. APUNTES DE VIAJERO

Antes de llegar a ti

caminaba por las calles
bajo la sombra de dragones rojos
que iban a morir en las montañas.

Antes de llegar a ti,
mujer escarlata,
habitante de los sueños.

Y todo era luces y fulgores
de la ciudad aborrecida;
después llegaste,
hecha de árboles
que bebían el agua
donde corría nuestra sangre.

Las luces distantes

siempre imaginan
mujeres sin rostro,
tal vez porque hablan
de lugares lejanos,
tal vez porque hablan
de alguien que regresa.

Por el camino de la ciénaga,
bajo los jirones verdes
que cuelgan de los árboles,
una carreta pasa
con dos hombres como sombras.

Van fumando un cigarrillo,
cantando historias de fantasmas
y de amores.

Él seguía buscando

las fuentes del río,
él seguía todos los hilos,
ese rumor de cristales,
la risa de una mujer
que se dijo del agua.

La llanura...

abruptamente cortada
por cerros y hondonadas.

Te recuerdo,
en los valles rubios
y en las grietas,
en los llorones lejanos,
prisioneros de la lente.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Poemas lánguidos y voluptuosos, decadentes, para acompañar los sueños del vino y del perfume.

Voluptuosidad es la palabra

*Imágenes
de lluvia*

Elko Omar Vázquez Erosa

Poemas de amor y lluvia, no correspondidos.



VOLETEROSIDAD ES LA PALABRA

Elko Omar Vázquez Erosa

FANTASMAS

Poemas espectrales, teñidos de vino e insomnio, que gimen
en el viento y en la lluvia.

Contenido

I. Remembranzas: la floresta y la llanura, 4

Motas de polvo, 5

Vestida de ensueño, 6

Desde entonces te inventaba, 8

Duermo en la orilla del río, 9

Cuando aprendías a pintar tus labios, 11

¿Recuerdas, Fulvia?, 12

Al posar, 13

Para llevarte lejos, 14

En la casa señorial, 15

Pretextos de café, 16

Te busqué por todas partes, 17

Sin embargo se te iban las horas, 18

Pájaros de la noche, 19

Fulvia, 20

Llegarás de la noche, 21

Aguanieve, 24

En las quimeras, 25

II. Las hijas de la luna, 27

Reinas del otoño, 28

Caminaba, 29

A veces me imagino, 31

En sus horas secretas, 32

Era un palacio de luz, 34

Y si ya no hubiese aire, 36

Ebrio de ti, 37

Dulce llanto, 38

Abre el sueño una puerta, 39

Al filo del abismo, 40

Antes de ti no hubo luna, 41

Cuando pasan las horas, 42
Brisa de cabello, 43
Llena de azul, 44
Del mar de la inconsciencia, 45
Sombras de carnaval, 46
Hace un momento o una eternidad, 47
Ella era la muerte, 48
Contemplé tu silueta, 49
¡Cómo gritaste!, 50
En la torre del hechicero, 51
Era la primera mujer, 52
En sombras de palacio, 53
Jardín de luna, 54

III. Estudios y fragmentos, 55

Que se detengan los segundos en tus ojos, 56
Claro de luna, 57
La sonrisa que se deleita, 59
Domine salve Regina, 60
Componiendo las quimeras, 61
Laberinto, la palabra, 62
Hablan las luces apagadas, 63
¿Qué te diré, cuando agotadas las metáforas?, 65
Visiones del otoño y lejanías, 66
Me destruiste, 68
Como si fueras un juguete, 69
Era confusión tu nombre, 70
Voy a invertir en experiencia, 72
Y vino la justicia, 73
Llovía del cielo tristeza, 74
Si supieras, 75
Por las noches, cuando tengo seca la garganta, 76
Dudas en la agonía del milenio, 77

Nada como el vino, 78
Será el olvido, 80
¡Cómo te fuiste!, 81
Y cómo te brillaban los ojos, 82
Ya fui poeta demasiado tiempo, 83
Atenea, 84
Desperté, 85
Por la carretera vacía, 86
Comenzaron a asomar tus lágrimas, 87
Fue una carcajada de hielo, 88
Profundo en la noche, 89
Hay veces que no creo, 90
En los vasos rabiosos te recuerdo, 91
Adoleces, 92
Gotas de lluvia artificial, 93
Atenea II, 94

Un adelanto de El Refugio, 95

Otros libros del autor, 103